

## ***EPIFANÍA, por Juan Christian Rodríguez Fernández***

**( 2º bach)**

Érase una vez un hombre caminando erguido con la vista vislumbrado entre la bruma que era la lejanía, un limbo epifánico destilado en oro desmenuzado como montañas de algodón en polvo. En su diestra, relajada, se deslizaba en un susurro casi imperceptible un cordel adamantino que espejaba la luz en todas las direcciones. En su siniestra, tensa y corrupta, ardían en el infierno de un eterno grito las llamas que sublimaban todo lo que tocaban en cenizas. Y, rompiendo en astillas los huesos de entre sus dos ojos, se encontraba, ufano, el poder que permitía fundir, bajo el fuego, los diamantes en nuevas formas nunca vistas.

Volvía a pisar el suelo en otro nuevo paso reescrito como otros cientos de miles de veces había hecho, cuando, al girarse, descubrió en el reflejo de sus ojos una pintura de acuarela corrida cortada en dos mitades, que se fundían en una mirada condenada por el hilo enredado de una pasión por siempre inconsumable. A la derecha, alzándose cara el cielo que rompía al alba, despegaba desde la infinidad del páramo una espiral de todos los colores nacida de las venas de la tierra en una tormenta de fragancias jamás percibidas, por demasiado hermosas. A la izquierda, soterrándose en el fondo del lago crepuscular de aguas pastosas, descansaban en terreno yermo esqueletos de vida en algún momento moribunda que ahora sólo aspiraba a seguir muerta.

Pensó que, al cerrar los ojos dejando paso a una oscuridad que corroyese todo cuanto veía, también caería en el olvido el recuerdo de plomo resplandeciente que con su paso apisonaba, como ola infinita, su pequeña valsa alzada a la alta mar. Dio un paso, tropezó sobre su propio pie, y besó el suelo con los labios ensangrentados de sangre ennegrecida que empodrecía su pecho en un pozo de agonía engangrenada. Al tocar la sien con los dedos todavía húmedos y abrir los ojos, en sus pupilas, tan solo un instante, padeció la visión perdida del beso maldito rompiendo el firmamento celeste en bombas tornadas remolino negro de rojos, verdes, y betún. Y, entonces, ya no volvió a sentir nada.

Érase una vez un hombre caminando erguido con la vista vislumbrado entre la bruma que era la lejanía un limbo epifánico destilado en oro desmenuzado como montañas de algodón en polvo. En su diestra, relajada, se deslizaba en un susurro casi imperceptible un cordel adamantino que espejaba la luz en todas las direcciones. En su siniestra, tensa y corrupta, ardían en el infierno de un eterno grito las llamas que sublimaban todo lo que tocaban en cenizas. Y, rompiendo en astillas los huesos de entre sus dos ojos, se encontraba, ufano, el poder que permitía fundir, bajo el fuego, los diamantes en nuevas formas nunca vistas.